

No lo ví nunca desmayar con desalientos y desesperanzas, no lo ví nunca doblarse ante vientos pérfidos de altura, no lo ví nunca romper el cristal de la armonía con golpes de intriga.

Murió sobre el surco. El día que subió al lecho para no levantarse más, había estado cinco horas trabajando, en el mayor contento, sin que nadie sospechase que el ave negra de Edgardo Poe andaba buscando la cornisa para graznar su oración fúnebre. Aunque es posible que el corazón le hablara ya, sin que él lo hubiese percibido.

La última vez que subió al estrado de nuestra Sala Máxima, para quemar su mirra de arte, recitó el nocturno de José Asunción Silva. Lo dijo con tal dolor, con tal hondura, que el hálito de la muerte y del dolor trajeron pesadumbre a todos.

¡Qué pronto íbamos a tener de este hombre sólo una sombra larga, que se esfuma en el país desconocido!

Pero no quiero alargar indefinidamente este recuerdo, voy a concluirlo anotando un dato que no puede ser corroído por el ácido de la crítica más cruel. Don Elías Salazar servía todos los cargos concejiles que quisieran darle. Los servía con orgullo, con entusiasmo, con ejemplar actividad. Allí donde hubiese una gota de leche para los desheredados, un hospital para los enfermos, un hospicio para los huérfanos, una tribuna para los defensores de la integridad del terruño; allí donde hubiese una empresa de caridad o de patriotismo, allí estaba este hombre, en alma, vida y corazón, moviéndose en todos los trajines con un interés, con un entusiasmo que los fenicios no podrían comprender en este ateniense. La ciudad perdió en él al más desinteresado y entusiasta celador de sus negocios.

Yo exalto este varón ante la posteridad, como en los juicios de los muertos que hacían los egipcios, invitando a decir todo lo malo que hizo en su peregrinación por la tierra. Quiero ponerlo en un platillo de la balanza para que se mire cómo llevó de ligera el alma cuando tendió vuelo hacia lo desconocido.

Bien decía él, en uno de sus discursos memorables: «Cuando yo muera quemad mi carne mortal y con sus cenizas abonad los rosales. Quiero volver a la Naturaleza convertido en rosas».

Algo de su voluntad fué cumplida, nunca dieron los rosales tantas rosas como en su muerte, nunca vió la ciudad mayor derroche de flores.

¡Lo sepultaron en rosas los amigos! Esas ofrendas fueron después llevadas por los alumnos del Instituto, en delicado homenaje, a cubrir las tumbas de sus amigos muertos. Toda la ciudad doliente miróse florecida en el

amor de esa mañana. Este hombre generoso, que en vida dió cuanto tuvo, dió en la muerte lo único que le quedaba, las flores en que la ciudad, que lo amaba, había convertido su recuerdo.

Yo pienso que este dolor de su muerte no ha de ser estéril, ha de ser un dolor fecundo, un dolor benéfico como la vida de Elías Salazar, porque la ciudad, que sabe cuanto valía, tendrá un noble prestigio que honrar y un alto ejemplo que seguir.

LUIS DOBLES SEGREDA.

SERVICIO DE INFORMACION INTERAMERICANO

El caso del Amherst College

LOS extranjeros no aciertan a explicarse fácilmente, de buenas a primeras, las discusiones que se sostienen aquí sobre materias de educación. En general, en todas las naciones civilizadas se tiene el concepto fundamental de que la educación consiste no en atiborrar el espíritu de conocimientos, sino en preparar el espíritu de los educandos para que puedan adquirir el conocimiento y ejercitarlo con agilidad en todos los problemas que se les presenten en la vida. Antaño la educación religiosa, que fué por siglos la única que se conoció en nuestra América española, consistía en inculcar «verdades», en rellenar al neófito de preceptos concluyentes, incontrovertibles, sagrados, apercibiéndolo contra los silbidos de la serpiente razonadora que les hizo perder el edén a nuestros primeros padres. La característica esencial de la educación es que carece de dogmatismo, es decir, que no aspira a inculcar «verdades». Su función es preparar el ánimo de los estudiantes a fin de que puedan descubrir o elegir por sí mismos el camino de la verdad: atiende más al desarrollo de la curiosidad y de la facultad del razonamiento que al número de los conocimientos mismos, en la

creencia de que un hombre provisto de un buen método de estudio llegará al descubrimiento de la verdad cotejando y escudriñando los hechos que le suministran la historia, las ciencias y las artes. Esto es de utilidad primaria tanto en las ciencias especulativas como en las ciencias naturales. En vez de proponerse crear legiones unánimes de sabios que proclamen a coro con voces uniformes, en las cuales no se descubra una sola disonancia, un solo cuerpo de verdades definitivas, incontestables y sacrosantas, aspira a formar individuos que piensen por sí mismos, que, cuando sea necesario, se declaren en desacuerdo fecundo con los demás, que remuevan el campo del conocimiento con la inquietud renovadora de las disputas, que no se detengan ante ninguna puerta sellada en nombre de ningún principio.

Todos recuerdan la época en que la autoridad religiosa, con el apoyo de la corona, ejercía en nuestra América censura estricta sobre los libros y tenía en sus manos la enseñanza. El fracaso de España en América se debió en mucha parte a la política de educación que siguieron los misioneros con los indios, a quienes jamás se propusieron inculcar el espíritu de curiosidad sino el espíritu de obediencia que los españoles de la época llamaban cristiano. Esto, por supuesto, era lo que entonces se acostumbraba; y a los frailes los hubieran encerrado por locos o ajusticiado por rebeldes si hubieran procedido de otro modo. Ese mal no era español, sino europeo. El siglo diecinueve presenció el triunfo aparente del nuevo espíritu de libertad en la enseñanza. El desarrollo de las ciencias experimentales fué debido a ese espíritu de libertad, y fomentó a su vez la tendencia de zafar al espíritu de las ataduras dogmáticas. Para darse

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones

ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA